

# EL FIN DE LA ILUSIÓN. MOVILIDAD SOCIAL EN LA CIUDAD DE MÉXICO.\*

Virginia Molina Ludy y Kim Sánchez Saldaña\*\*

---

---

## INTRODUCCIÓN

En las últimas seis décadas el país ha pasado por varias fases de expansión y retracción económica, con efectos diversos sobre las condiciones sociales de la población. Este artículo presenta las condiciones externas que permitieron a un grupo de familias de la ciudad de México elaborar estrategias domésticas que propiciaron en un momento la movilidad ascendente, y las recientes dificultades que están enfrentando para mantener la posición adquirida. Se

---

\* Este artículo es resultado parcial del proyecto Análisis Cualitativo de Familias de Sectores Medios en la Ciudad de México, auspiciado por CIESAS y con apoyo financiero del CONACYT.

argumenta que la ciudad de México fue, desde la década de 1930 hasta fechas muy recientes, un lugar privilegiado para la movilidad social ascendente, por varias condiciones que la distinguieron de otras poblaciones. Fundamentales fueron los apoyos que los gobiernos federal y del Distrito Federal dieron al proceso de industrialización de la capital, entre los cuales estuvo el mantener bajos los costos de la mano de obra. Una manera de lograrlo fue dar acceso barato al suelo urbano o con posibilidades de convertirse en terreno urbano a corto plazo, para establecer ahí una

---

\*\* Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS).

vivienda propia, permitiendo así a numerosas familias de trabajadores reducir los costos de su reproducción. Aunque este aspecto ha sido poco resaltado en los trabajos sobre movilidad social,<sup>1</sup> fue de considerable importancia para el logro de una mejoría en el nivel de vida. Muchas familias trabajadoras que no cumplían los requisitos del acceso a los créditos institucionales para comprar vivienda, de los que sí gozaron las clases medias, lograron por este medio iniciar un patrimonio familiar y ascender en estatus social.

En este artículo, con historias familiares de vecinos que habitan el noreste del Distrito Federal, en las colonias situadas entre las avenidas Eduardo Molina al poniente, Río Consulado al norte, Oceanía al oriente y Albañiles al sur,<sup>2</sup> que corresponden a una zona de la Delegación Venustiano Carranza, se ejemplifica el papel del espacio urbano para permitir la movilidad ascendente, intra o intergeneracional, de familias que iniciaron su ciclo a fines de la década de los treinta y principios de los cuarenta. Se hace notar que muchas de estas familias que ascendieron optaron por quedarse a vivir en colonias con población mixta, en vez de seguir la tendencia a la segregación socioespacial por sectores sociales y se concluye resaltando los efectos sociales que el reciente cambio en las condiciones económicas ha provocado en ellas.

<sup>1</sup> Como ha sido ampliamente estudiado por Perló Cohen (1971, 1981).

<sup>2</sup> La colonia Romero Rubio es una excepción en el poblamiento de esta zona, ya que se formó como fraccionamiento desde principios del siglo XX.

## LA IMPORTANCIA DEL ESPACIO URBANO

El veloz crecimiento de la población producido por la concentración del empleo industrial y burocrático en la ciudad de México, aunado a la expansión de servicios demandados en forma creciente por los sectores productivos, el gobierno y los mismos pobladores, provocó una demanda de vivienda que requirió la modificación de la estructura física de la ciudad. Hasta la década de los treinta, ésta había tenido pocos cambios en su traza decimonónica (*Cfr.* Seminario de Historia Urbana) y los inmigrantes buscaban alojamiento en las antiguas residencias del centro que, al ser abandonadas por sus primeros dueños, convertidos éstos en flamantes residentes de las nuevas colonias para las clases media y alta, fueron transformadas en vecindades. La construcción de muy pocas colonias para trabajadores (como la Guerrero) no bastaba para cubrir los nuevos requerimientos de espacio urbano en esta ciudad.

Entre los diversos apoyos que recibieron los inversionistas para establecer industrias y servicios en la capital, uno muy importante fue mantener bajos los costos de la mano de obra, lo que implicaba dar a ésta la posibilidad de acceso barato a bienes y servicios de consumo básico. En el Distrito Federal estuvieron subsidiados, a la par que en el resto del país, la electricidad residencial y los precios de la tortilla y el pan; además, hasta 1990 tuvieron subsidios específicos los habitantes de esta ciudad en los rubros del transporte urbano, del consumo de agua, del uso de la tierra (a través del

impuesto predial) y de la recolección de basura (Cfr. Bazdresch, 1986). Ha sido menos considerado el papel que jugó el apoyo que los gobiernos federal y local proporcionaron a los arrendatarios de las vecindades del congestionado centro de la capital para obtener lotes en la entonces periferia de la ciudad, desde finales de los treinta y en las décadas posteriores, para acceder a una vivienda propia, a través de la posesión de lotes urbanizables (esto es, que podían regularizarse como predios urbanos y con ello beneficiarse de la infraestructura urbana), lo que permitió mantener bajo el costo de reproducción de numerosas familias de trabajadores, así como los salarios (Perló Cohen, 1981).

Una medida fundamental en este sentido fue la formación de lo que en la época se llamó "colonias proletarias", y que ahora llamaríamos «colonias populares», y la tolerancia a las invasiones de terrenos para formar nuevos asentamientos. Estas facilidades, no obstante, eran espacialmente selectivas, limitadas al oriente y al norte del área urbanizada. Desde mediados del siglo XIX empezó a perfilarse la segregación socioespacial en la ciudad: las colonias para las clases pudientes, con infraestructura completa, empezaron a expandirse al poniente y al sur, constituidos por terrenos elevados más húmedos, menos expuestos a inundaciones, con rica vegetación que permitía la construcción de casas con jardines, a las que no llegaban los aires pútridos que afectaban el oriente, por la presencia del rastro, las curtidurías y el gran canal del desagüe (Morales, 1978a, 1978b).

La ocupación de los terrenos del noreste fue más lenta y los asentamien-

tos que en este rumbo se crearon estaban destinados a los obreros y otros trabajadores de escasos recursos, sin servicios urbanos ni espacios abiertos. Su poblamiento segregado se debió, entre otras razones, a las condiciones ecológicas que la caracterizaban, ya que su suelo era salitroso, árido y bajo (Morales, 1978b).

Las colonias que se instalaron en el noreste fueron propiciadas por la instalación en la zona de los edificios de la Penitenciaría (Lecumberri), el Rastro, la estación Hidalgo y las vías de ferrocarril a Guadalupe, Interoceánico y de Cintura. Además, era la zona de abasto y en las cercanías del Rastro estaban las curtidurías y fábricas de cola, que eran fuentes trabajo, pero también contribuían a los fétidos olores del Gran Canal del Desagüe (Morales, 1978b; Morales Martínez, 1988). No obstante, entre 1900 y 1910 se inició la mejoría de la zona del noreste, al cegarse las numerosas zanjas y canales que lo cruzaban y ser sustituidos por atarjeas, y al crearse colonias para la clase obrera en las cercanías del canal del desagüe (Morales, 1978b). Posteriormente, la instalación del aeropuerto en este rumbo, en 1928 (Ziccardi, 1988), afectó también el valor comercial de la zona.

A partir de 1938 el Estado participó decididamente para reforzar las características de segregación social en la ciudad de México. Al abrogarse el derecho de reconocer un nuevo asentamiento urbano como colonia o como fraccionamiento, el gobierno de la ciudad perfilaba un proyecto urbano implícito. Al mismo tiempo que se fomentaba la formación de nuevas colonias proletarias en las poco

valorizadas áreas del norte y el oriente, por invasión o cesión de terrenos expropiados por el gobierno, se reprimían las invasiones de colonos en tierras de mayor utilidad económica, como fue el caso de los terrenos de la exhacienda de Los Morales, donde ocurrió un desalojo en marzo de 1939; desalojos semejantes se dieron en otras colonias del poniente y sur (Perló Cohen, 1979).

En 1938 se inició el reparto extensivo de miles de lotes urbanos en las entonces llamadas «colonias proletarias», que se formaban en terrenos expropiados a antiguas propiedades privadas, comunidades agrarias y ejidos. La expansión física de la ciudad por medio de este procedimiento, ha sido ampliamente descrita por Manuel Perló (1979), y como él dice: «empezaron a brotar como hongos por todas las ciudades del país». Sólo durante el primer año en la ciudad de México se formaron cinco colonias, con un total de 5 131 lotes en una superficie de 1 533 613 m<sup>2</sup>, por su continuo incremento, para 1950 las 145 colonias «proletarias» en esta ciudad albergaban a 175 000 familias, una cantidad semejante a la de quienes habitaban en viviendas arrendadas. A partir de ese momento, las colonias formadas por reparto legal de lotes o por invasión se convirtieron en la principal forma de vivienda de la clase trabajadora (Perló Cohen, 1979, p. 807).

Para acceder a los terrenos que el gobierno puso a disposición de los trabajadores en la zona de estudio, un grupo de personas formaba un comité para solicitar lotes urbanos y luego empezaba a reclutar posibles colonos entre parientes, amigos y conocidos. Las únicas condiciones eran que pagaran una módica suma para gastos y que

edificaran una construcción precaria («aunque sea un cuartito de cartón») en el plazo de un mes, con el fin de demostrar el poblamiento e iniciar los trámites para su reconocimiento y dotación de infraestructura urbana. En esa época no se tenía que demostrar lealtad al partido gobernante, por medio de recurrentes manifestaciones, para conseguir lotes urbanos.

En la colonia Damián Carmona - por ejemplo- la cuota inicial fue de \$13 (no tan alta, en relación con el salario mínimo de 1936, que era de \$60 mensuales, y con las rentas que se pagaba en las vecindades del centro - entre \$8 y 10- [Cfr. Cisneros Sosa, 1993]. El tamaño promedio de los lotes fue de 200 m<sup>2</sup>). Por su parte, el Departamento del Distrito Federal (DDF) fijó el precio de \$1 por metro cuadrado (que era un regalo en comparación con los precios del suelo urbano de la época).<sup>3</sup> El colono se obligaba ante el DDF a pagar también las cooperaciones por instalación de agua, drenaje, pavimentos y alumbrado público (lo que

<sup>3</sup> Treinta y ocho años antes, en 1901 el metro cuadrado en el centro de la ciudad costaba entre \$ 80 y \$ 160; en Paseo de la Reforma: \$ 25; en la colonia Santa María: \$15; en los nuevos fraccionamientos: entre \$ 2.50 y \$ 20 y en la colonia Guerrero, destinada a obreros: \$ 13.40 (Morales, 1978b, p. 196). En su informe de gobierno, en 1930, el jefe del DDF, señaló que los lotes de los fraccionamientos baratos se habían vendido a dos pesos el metro, y en otros, como la Roma Sur y Los Pinos, entre ocho y doce pesos (*El Economista*, 16 de abril de 1930. Cit. por Rojas Loa, O. p. 226). Así, un peso por metro cuadrado en 1939, resultaba barato y quizás se logró por las malas condiciones ecológicas de la zona, descritas anteriormente.

en 1939 representaba \$292.37). Ambos pagos se harían en cómodas cuotas bimestrales. Hacia 1960 las colonias estaban consolidadas.

Contar con vivienda propia, pagando lo equivalente al costo de una renta permitió a muchas familias un considerable ahorro en este rubro del gasto doméstico que, como señalan Selby *et al.* (1994) es uno de los más pesados para las familias. Tal como resaltan Escobar Latapí y Roberts (1991), en los países subdesarrollados el Estado desempeña un importante papel en la estratificación y la movilidad social; esta forma de facilitar el acceso a la propiedad del suelo urbano formó parte de las condiciones indirectas con las que se favoreció la movilidad social. El tamaño de los lotes y el mismo trazo urbano (con calles del doble de ancho de las de colonias de clase media), permitieron a los propietarios de estos terrenos mayores ahorros o crear sus fuentes de ingreso propio, como veremos en el siguiente apartado.

La red de relaciones de parentesco y amistad que permitió el acceso a estos terrenos favoreció que los beneficiarios fueran inmigrantes, pero con varios años de residencia en la ciudad de México y no recién llegados. De esta forma iniciaron el poblamiento de aquella zona una diversidad de personas; algunos eran obreros, pero la mayoría tenía ocupación permanente en el sector de servicios; eran comerciantes, empleados de comercio, burócratas, oficinistas, policías, choferes, servidoras domésticas, así como empresarios con un capital pequeño que no podía cubrir los costos de la renta de los locales del centro, y vieron en este acceso a lotes urbanos de buen tamaño la posibilidad

de construir su pequeño taller o comercio junto a su vivienda. Es decir, poco tenían de proletarias las colonias a pesar de su nombre y, desde sus inicios, la composición social de sus pobladores fue mixta. Esta diversidad se incrementó con el tiempo, ya que el tamaño de los lotes permitió a muchos construir, además de su vivienda propia, otras para alquilar, sobre todo en la modalidad de vecindad o de pequeños edificios de departamentos.

Las oportunidades económicas que existieron entre 1940 y 1980 permitieron a varias familias que vivían en la zona mencionada iniciar un proceso de movilidad social ascendente, incidiendo sobre el carácter social mixto de las colonias desde su inicio. Ahora, junto a casas unifamiliares amplias, con un buen patio y garage para el auto de la familia, encontramos vecindades en notorio estado de deterioro, en las que se hacían familias con espacios habitacionales mínimos, que obligan a sus miembros a realizar la mayor parte de sus relaciones sociales, e incluso actividades domésticas -como el tendido de ropa- en las aceras. Esta composición social refleja procesos de movilidad socio-espacial, pues de la zona emigraron algunos de los móviles ascendentes, hacia colonias de clase media claramente segregadas, mientras otros, «de escasos recursos», han llegado a alquilar las viviendas baratas.

Por otra parte, con el solo hecho de mantener la residencia inicial han mejorado sustancialmente las condiciones de vida de los primeros pobladores, ya que las colonias, inicialmente ubicadas en las orillas de la ciudad sobre terrenos poco deseables pronto se valorizaron. Las posteriores mejoras urba-

nas (cierre de canales, dotación de redes de agua potable a domicilio, apertura de red de desagüe, electrificación, pavimentación de calles, construcción de mercado y escuelas -todo ello en un lapso de menos de diez años) y la propia inversión inmobiliaria de los habitantes en sus lotes, pronto valorizaron el suelo de estas colonias. En parte, el proceso de su habilitación como zona urbana -el del área privada en el interior del lote- fue parecido al de las posteriores colonias de paracaidistas: hubo familias que se encargaron personalmente de chapear el terreno, quitarle piedras, aplanar donde fuera necesario y construir su casa; pero la mayoría pagó a los albañiles que construyeron sus casas.

A pesar de sus pésimas condiciones ambientales iniciales, estas colonias tuvieron la ventaja de estar cerca del centro de la ciudad y contar con transporte a través de un tranvía que desde 1889 comunicaba el centro con el Peñón de los Baños (Vidrio, 1978), y en 1943 inició su ruta la línea de camiones Peñón-Niño Perdido. Así, el acceso a escuelas, clínicas y comercios nunca fue difícil ni caro. Por otra parte, las colonias pronto dejaron de formar parte de los linderos de la ciudad. Si en 1940, cuando se poblaron, la ciudad de México abarcaba 117.5 km<sup>2</sup>, para 1958 su extensión era ya de 273 km<sup>2</sup> y de 747.4 de en 1970. Las colonias pronto quedaron en el área central de la ciudad. El acceso a lo que Ward (1991) llama «satisfactores urbanos», esto es: trabajo, mercados, escuelas, centros de salud, amigos y centros de entretenimiento era cercano.

Vivir en la ciudad de México ofrecía también mayores oportunidades

en otros rubros, ya que fue favorecida por la expansión de servicios sociales tales como la educación y los servicios públicos de salud (Muñoz, Oliveira y Stern, 1977). Browning encontró que en 1950 cerca de la mitad del personal médico y los servicios de salubridad en el país se localizaba en el D.F., y a fines de los sesenta un tercio de los hospitales y clínicas estaba en la capital. También los servicios escolares se concentraron durante las primeras décadas después de la revolución, y hacia 1967 el valle de México concentraba una parte importante de la educación posprimaria, en especial la enseñanza universitaria, ya que albergaba en su espacio más de tres quintas partes de los estudiantes de este nivel escolar. Para las familias de la ciudad de México el acceso a los servicios públicos de educación y salud representó un ahorro, y para los hijos, pequeñas posibilidades de obtener credenciales educativas de nivel más alto que los de otras poblaciones del país.

#### LAS OPORTUNIDADES ECONÓMICAS

Los apoyos que los distintos gobiernos dieron, desde fines del siglo XIX hasta la década de los ochenta, para fomentar la expansión industrial en la ciudad de México han sido ampliamente documentados, pero no está de más recordar que desde 1930 hasta 1965 el crecimiento en el número de empresas industriales se produjo a tasas más elevadas en el D.F. que en el resto del país. Asimismo, en esta ciudad se concentraron desde los años treinta los servicios al productor: las instituciones públicas, bancarias y financieras, las empresas aseguradoras y los servicios prestados por profesionistas en des-

pachos de abogados, de contadores, de planificadores, agencias de publicidad, etcétera) (Muñoz, Oliveira y Stern, 1977).

Durante la llamada etapa de industrialización para la sustitución de importaciones, el crecimiento promedio del 6% en el PNB se acompañó de expansión de los empleos permanentes y prestaciones, relativa estabilidad monetaria y muy baja inflación. Además, si bien el salario real descendió entre 1939 y 1946, se mantuvo constante entre 1946 y 1952, y a partir de la última fecha empezó a elevarse hasta 1974, cuando empezó a declinar (Oliveira y García, 1988). Hacia 1970 se estima que la mitad de las empresas registradas en el censo industrial pagaban salarios promedio lo suficientemente altos como para permitir a las familias de sus trabajadores vivir con un solo salario (Escobar y Roberts, 1991).

Esta bonanza económica lucía más para las familias que vivían en una ciudad con cargas fiscales y servicios subsidiados. Iniciar un proyecto de vida de largo plazo, en el que la movilidad social propia y la de las generaciones futuras fuera el objetivo principal, no era ilusorio. El salario de obreros o empleados -aunado al ahorro que representaba no tener que pagar renta por la vivienda- favoreció a muchos para realizar ahorros con el fin de invertirlos en medios propios de trabajo o de ingresos. La tendencia ocupacional de la primera generación considerada fue pasar del empleo al autoempleo. Aprovechando las condiciones económicas mencionadas y en algunos casos la ayuda familiar, empezaron a echar mano de sus ahorros, complementados con financiamientos bancarios, para buscar su independencia económica y abandonar su trabajo asalariado (como

obreros o empleados). Las estrategias más socorridas fueron la compra de maquinaria y herramientas para establecer una pequeña empresa de fabricación o reparación, la compra de vehículos para servicio público de alquiler (taxis, motocicletas y después camionetas de mudanzas o de reparto) y la construcción de cuarterías o departamentos para renta. A partir del finiquito del primer vehículo, algunos iniciaron la compra del siguiente, formando la flota que ahora poseen. Casi treinta años de mejoría en los salarios, junto con el ahorro que les representaba no tener que pagar renta por su vivienda, explican la posibilidad que tuvieron para independizarse económicamente.

El diseño urbano de las colonias permitió verter ahorros en los propios lotes, al destinar una parte para vivienda y la otra para la instalación de un taller o comercio. Quienes compraron vehículos para alquiler -taxis, camionetas de mudanzas- han tenido la facilidad de estacionarlos en las amplias calles frente a sus casa, evitando el gasto de las pensiones nocturnas. En muchos casos, la ayuda de las esposas fue fundamental para incrementar los ingresos destinados a inversión. En las dos primeras décadas de la fundación de las colonias los contratistas de trabajo a domicilio en la maquila de costura utilizaron mano de obra femenina, en lo que en ese entonces eran colonias espacialmente marginadas.<sup>4</sup>

---

<sup>4</sup> Estos intermediarios fueron moviéndose junto con los límites urbanos, abandonando las zonas que se iban consolidando tanto por el nivel de infraestructura urbana como por el nivel económico y social de la población, ya que la mejora en los ingresos de los maridos permitió a muchas de las esposas dejar de trabajar y convertirse en amas de casa de tiempo completo.

El futuro de los hijos también era prometedor, pues si bien los padres con dificultades habían concluido la primaria, y algunos ni siquiera eso, la expansión del sistema escolar que, como muchos otros servicios sociales, privilegiaba a la capital del país, les prometía llegar a niveles de escolaridad que garantizarían buenos empleos o trabajar como profesionistas independientes. Todo sacrificio de corto plazo tendría su recompensa a mediano plazo. Y en realidad, embarcarse en la compra a crédito de un vehículo o una máquina, significó una época de sacrificios para las familias, y las amas de casa recuerdan con angustia cómo veían acercarse la fecha de vencimiento de los abonos y los recortes del gasto y/o la intensificación del trabajo que tenían que hacer para poder completar el pago.

Así, antiguos campesinos, mineros o servidoras domésticas lograron que sus hijos estudiaran carreras técnicas y que algunos de ellos, o sus nietos, sean ahora profesionistas (entre los hombres: médicos, sociólogos, bibliotecólogos; entre las mujeres: maestras, nutriólogas). Pero también incrementaron su propio nivel de vida, lo que se ve reflejado en las cifras censales -que reportan mejoría en los indicadores de consolidación urbana y en las condiciones socio-económicas de la población entre 1970 y 1980 (Cfr. Ruvalcaba y Schteingart, 1988)- y, sobre todo, en la satisfacción que tenían, hasta hace dos años, de poder gastar en rubros no indispensables, pero que incrementaban su percepción de que gozaban una buena calidad de vida, como son la asistencia al teatro, las vacaciones en la playa o en el extranjero, estrenar ropa, muebles o adornos para el hogar, o de

sentirse orgullosos de poseer una vivienda con buen mantenimiento y, sobre todo, la esperanza de que sus descendientes podrían gozar de una situación similar o mejor que la adquirida por ellos. Tenían la tranquilidad, inclusive, de que sus hijos no se verían obligados a formar parte de los contingentes que deben emigrar hacia las nuevas orillas urbanas, pues en caso de no poder iniciar su propia familia con vivienda en el centro, el lote propio podría subdividirse para dar cabida a una nueva vivienda, o se les podría ceder uno de los departamentos propios.

#### EL FIN DE LA ILUSIÓN. LAS DIFICULTADES ACTUALES PARA EL CUMPLIMIENTO DE LAS EXPECTATIVAS CREADAS

Las condiciones favorables para la población estudiada se terminaron bruscamente a partir de enero de 1995, como consecuencia de las medidas económicas que se aplican para enfrentar la nueva etapa de la crisis económica. Esta etapa, que se inició en diciembre de 1994, por sus características distintas de las anteriores ha tenido especial impacto sobre las familias de nuestro estudio.<sup>5</sup> Después de una fuerte devaluación de la moneda nacional en diciembre de 1994, en 1995 se inició una contracción marcada de la economía,

<sup>5</sup> Las fuentes utilizadas para los datos económicos de 1995 y 1996 fueron: El Banco de México. Dirección General de Investigación Económica, Indicadores económicos, mayo de 1996; Índices de precios, Cuaderno mensual núm. 217, mayo de 1996; Informe anual 1995, 1996 y Elvia Gutiérrez y Marvella Collin, «Alto contenido inflacionario en productos básicos», *El Financiero*, 30 de enero de 1995, p.3A

acompañada de una política de liberalización de precios, reducción de créditos y de la inversión productiva, así como del castigo de los salarios para control de la inflación, lo que en conjunto ha generado una caída drástica en la capacidad adquisitiva de los ingresos reales de la población y, en consecuencia, una reducción en el consumo de las unidades familiares. La debilidad del gasto de consumo tuvo su origen en varias causas: caída de los salarios e ingresos reales, mayor nivel de desempleo, menor seguridad en la estabilidad laboral, lo cual incidió en los patrones de gasto, al evitar los compromisos económicos a futuro en un contexto de altas tasas de interés.

Por otra parte, con la política de adecuar el precio de bienes y servicios considerando sus referencias internacionales, gran parte de los productos de la canasta básica (CB) han tenido incrementos superiores a los del Índice Nacional de Precios al Consumidor (INPC), y para el caso específico de la ciudad de México, se suprimió el subsidio al agua potable y se redujeron los de energía eléctrica y de transporte público, con fuerte impacto en la economía familiar por tratarse de gastos no flexibles, es decir, sin posibilidad de recortes; como sí lo son la alimentación, la compra de vestuario, mobiliario o el gasto en recreación. Cabe subrayar que aunque la crisis y las medidas económicas para enfrentarla han afectado a todo el país, se han sentido más en el Área Metropolitana de la Ciudad de México, donde los incrementos en ambos índices (CB e INPC), es decir el precio de los bienes y servicios, han sido superiores a los del país en su conjunto.

Al considerar los subíndices de in-

cremento de los precios al consumidor por origen de los bienes, es de señalar que la variación de los servicios comunales, sociales y personales se ha mantenido muy por debajo de la variación de los índices generales, y esto es más notorio en el Área Metropolitana de la Ciudad de México. La inflación ha afectado en menor medida este rubro, tanto por el hecho de que muchos servicios no son comerciables internacionalmente (y por ende el efecto de la depreciación de la moneda nacional sobre sus precios fue relativamente pequeño), como los prestadores de servicios han congelado sus tarifas o las han aumentado en menor medida, con el fin de asegurarse un ingreso. Si en crisis anteriores este sector se vio menos afectado, porque tiene flexibilidad para ajustar sus precios, en esta nueva situación de escasez aguda de demanda, ha debido reaccionar con moderación en los incrementos.

Para las familias del estudio, en su gran mayoría rentistas o prestadores de servicios personales -operadores de vehículos de transporte, profesionistas independientes- esta etapa de la crisis ha representado una situación inédita, ya que dichos sectores de actividad han mantenido sus precios muy por debajo de la variación de los índices generales, pues solamente congelándolos o aumentándolos muy poco han podido asegurarse un ingreso, aunque sea deprimido, lo cual es inevitable ante el creciente costo de los insumos que deben usar y los gastos a realizar -pues hasta las "mordidas" a los transportistas han doblado su precio. A diferencia de los asalariados, las características de su actividad económica les había permitido sortear las etapas anteriores con

aumentos en los precios de sus bienes y servicios, por lo que no habían resentido grandes cambios en su economía doméstica; pero el descenso de la demanda real de los bienes y servicios que ofrecen -que caen en la categoría de gastos flexibles en las economías domésticas- impide esa solución en la situación actual.

Estudios sobre crisis precedentes (Lara Rangel, 1990) han señalado que en la estructura de gastos de las familias hay algunos que son más reductibles que otros. Mientras que es muy limitada la posibilidad de bajar los costos de transporte, vivienda, servicios, educación y salud, hay más posibilidades de ajustar las necesidades internas del hogar, tales como la alimentación, la ropa, el calzado, el mobiliario y el equipo doméstico. Entre los gastos que las familias entrevistadas han reducido, al igual que la mayoría de la población, están los de alimentación, compra de vestuario o enseres nuevos y recreación -los viajes de recreo se han suspendido por completo y se han sustituido por paseos en parques de la ciudad; la visita a museos en domingos y la asistencia al cine compensan la imposibilidad de ir a teatros.

Los efectos de esta nueva situación son diferentes según los grupos de edades. Los de la primera generación considerada tenían realizada una inversión suficiente en vivienda propia, mobiliario y equipo doméstico, ropa y calzado, e incluso vehículo propio. Los jóvenes que inician su familia, y esperaban lograr lo mismo que sus padres por sus propios medios, ahora han tenido que recurrir al apoyo de éstos y emprender tareas que nunca pensaron realizar, por ejemplo, entrar al comercio informal como actividad adicional a la propia. Para muchos, el espacio urbano en el que viven los padres ha sido de

gran ayuda, porque los lotes o las casas se están subdividiendo para construir nuevas viviendas que alojen a las familias jóvenes, lo que no sólo baja el costo de las rentas -pues se les cobra una renta simbólica- sino que, por su centralidad, permite reducir los gastos de transporte.

Para los hijos menores, aún en edad escolar, el apoyo de los abuelos en los gastos de educación ha sido fundamental, pues todavía conservan la ilusión de que la escolaridad les permitirá acceder a una mejor situación económica. Entre todos los recortes que se han realizado en el gasto familiar, hasta ahora no se ha querido incluir el de la educación.

En resumen, la situación de estas familias no presenta el dramático estado de desnutrición o precariedad que ha sido reportado para los grupos de menores ingresos (Escobar Latapí y González de la Rocha, 1995), sin embargo hay gastos que se han reducido de manera notoria, que pocas veces son considerados en los estudios sobre la economía de los hogares y que afectan por igual a todos los grupos de edades; se trata de los gastos que, siguiendo a Eric Wolf, podríamos llamar ceremoniales<sup>6</sup> (para distinguirlos del concepto

---

<sup>6</sup> Con este nombre define Eric Wolf las necesidades que rebasan la simple reproducción física de los campesinos (cubiertas por el fondo para el mínimo calórico y el fondo de reemplazo del equipo indispensable para el consumo y la producción), quien señala que las necesidades humanas en cualquier sociedad incluyen un conjunto de imperativos sociales, para los cuales se requiere tener un fondo, que él llama «ceremonial» -porque las relaciones sociales están rodeadas de ceremoniales- que deben ser pagados con trabajo, bienes o dinero (Wolf, 1966: 4-9).

de gasto social normalmente utilizado en economía y sociología). Éstos son los que permiten reforzar o ampliar las redes de relaciones sociales: la celebración de la fiesta de quince años, las visitas a familiares que viven lejos, las invitaciones a comer a los amigos, el departir con familiares o amigos y compartir el consumo en un paseo o una comida en un restaurante; incluso, algunos han cancelado su línea telefónica. El recorte en estos gastos no significa solamente un descenso en la calidad de vida, representa la posibilidad de aislamiento social, al no hacer uso de la reciprocidad y el consumo compartido, cemento social que une a las personas - tal como lo han demostrado antropólogos que trabajan tanto entre grupos tribales como en sociedades de industrialización avanzada (Cfr. Malinowski, Douglas e Isherwood para los casos extremos)- no sólo para negocios, sino también para relaciones familiares más cercanas. El consumo individual y el compartido son marcos del estatus social, mientras la reciprocidad enmarca las relaciones sociales; por esto se siguen ciertas normas de lo que es adecuado para cada situación: visitar a los familiares y no llevar los regalos acostumbrados, o festejar unos quince años por debajo de la norma establecida, significaría hacer una impensable declaración de descenso del estatus social de la familia, por lo que si no puede hacerse como es deseable, lo mejor es evitarlo.

La investigación de Lomnitz y Melnick en Chile (1991), entre familias

de sectores medios afectadas por la crisis iniciada en 1973 muestra cómo, reduciendo los gastos, las redes sociales de estas familias redujeron no sólo su amplitud, al tener que limitarse a los parientes más cercanos, sino también el tipo de recursos que intercambiaban, limitándose a los de mera subsistencia. Este cambio podría afectar las miras de mediano plazo de las familias estudiadas (previsiones para el futuro de los hijos) para limitarlas al corto plazo (resolver problemas actuales). La primera estrategia normalmente se atribuye a los sectores medios; la segunda, a los de escasos recursos. De darse el cambio, podría hacerse patente el descenso de la posición social.

La movilidad social implica mucho más que una simple mejoría o deterioro en el nivel de vida, considerado a través de los bienes materiales asequibles. Implica obtener un estatus y actuar de acuerdo con él. El dilema que ahora enfrentan estas familias es no solamente el miedo del futuro y la posibilidad de salir adelante en la subsistencia física. Para la primera generación ésta fue una experiencia vivida cuando inició su ascenso, pero los sacrificios de entonces estaban encaminados al bienestar de sus hijos y nietos, y aunque ellos ya tienen lo indispensable, las dificultades que enfrentan los descendientes causan decepción. El dilema es también la angustia de perder, la familia en su conjunto, lo que tanto esfuerzo le costó durante décadas, es decir, descender socialmente.

## BIBLIOGRAFÍA

- BAZDRESCH, Carlos. «Los Subsidios y la Concentración en la Ciudad de México». En Blanca Torres (comp.), *Descentralización y democracia en México*, México, El Colegio de México, 1986, pp. 205-218
- CISNEROS SOSA, Armando. *La Ciudad que construimos. Registro de la expansión de la ciudad de México (1920-1976)*. (Colección Iztapalapa-Texto y Contexto), México, Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Iztapalapa, 1993.
- DOUGLAS, Mary y Baron Isherwood. *El mundo de los bienes. Hacia una antropología del consumo*. México, Grijalbo, CONACULTA, 1990,
- ESCOBAR LATAPÍ, Agustín y Mercedes González de la Rocha «Crisis, restructuring and urban poverty in Mexico». En *Environment and Urbanization*, vol. 7, núm. 1, April 1995, pp. 57-76
- y Bryan R. Roberts. «Urban Stratification, the Middle Classes, and Economic Change in Mexico». En Mercedes González de la Rocha and Agustín Escobar Latapí (eds.), *Social Responses to Mexico's Economic Crisis of the 1980s*. US-Mexico Contemporary Perspectives Series, 1, Center for US-Mexican Studies, University of California, San Diego, 1991, pp. 91-113
- LARA RANGEL, Salvador. «El impacto económico de la crisis sobre la clase media». En María Soledad Loaeza Tovar y Claudio Stern, (coords.), *Las Clases Medias en la Coyuntura Actual*. México, El Colegio de México, (Cuadernos del Centro de Estudios Sociológicos, 33), 1990, pp. 29-50.
- LOMNITZ, Larissa y Ana Melnick. *Chile's Middle Class. A Struggle for Survival in the Face of Neoliberalism*. Boulder and London, LACC Studies on Latin America & the Caribbean, Lynne Rienner Publishers, 1991.
- MALINOWSKI, Bronislaw. *Los argonautas del Pacífico Occidental*, Editorial Península.
- MORALES, María Dolores. «Estructura urbana y distribución de la propiedad de la Ciudad de México en 1813», en Seminario de Historia Urbana. *Ciudad de México. Ensayo de construcción de una historia*, 1978a, pp. 71-96.
- «La expansión de la Ciudad de México en el siglo XIX: el caso de los fraccionamientos». En Seminario de Historia Urbana, Ciudad de México. *Ensayo de construcción de una historia*, 1978b, pp. 189-200.
- MORALES MARTÍNEZ, María Dolores. «La expansión de la Ciudad de México (1858-1910)». En *Atlas de la Ciudad de México*, México, 1988, pp. 64-68.
- MUÑOZ, Humberto, Orlandina de Oliveira y Claudio Stern (comps.). *Migración y desigualdad social en la Ciudad de México*. México, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM y El Colegio de México, 1977.

- OLIVEIRA, Orlandina de y Brígida García. «El mercado de trabajo en la ciudad de México». En *Atlas de la Ciudad de México*, 1988, pp. 140-145.
- PERLÓ COHEN, Manuel. «Política y vivienda en México, 1910-1952». En *Revista Mexicana de Sociología*, año XLI, vol. XLI, núm. 3, julio-septiembre, 1979, pp. 769-835.
- . *Estado, vivienda y estructura urbana en el cardenismo: el caso de la Ciudad de México*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, 1981, (Cuadernos de Investigación Social 3).
- RUVALCABA, Rosa María y Martha Schteingart. «Estructura urbana y diferenciación socioespacial en la zona metropolitana de la ciudad de México (1970-1980)». En *Atlas de la Ciudad de México*, 1988, pp. 108-115.
- SELBY, Henry A. *et. al.*, La familia en el México urbano. Mecanismos de defensa frente a la crisis (1978-1992), México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994, (Colección Regiones).
- Seminario de Historia Urbana, *Ciudad de México. Ensayo de Construcción de una historia*, México, Departamento de Investigaciones Históricas, Instituto Nacional de Antropología e Historia, SEP, 1978, (Colección Científica, 61).
- VIDRIO C., Manuel. «Sistemas de transporte y expansión urbana: los tranvías». En Seminario de Historia Urbana, *Ciudad de México. Ensayo de construcción de una historia*, 1978, pp. 201-216.
- WARD, Peter M. *México: una megaciudad. Producción y reproducción de un medio ambiente urbano*, México, CONACULTA y Alianza Editorial, 1991, (Los Noventa, 64).
- WOLF, Eric. *Peasantes*. Englewood Cliffs, N. J., Prentice Hall Inc., 1966.